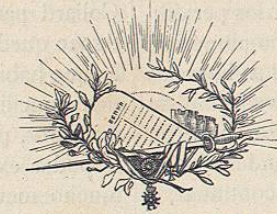


nuevos periódicos sin autorización del gobierno. El chasco que se llevó la reacción dió lugar á una silba tremenda en las filas liberales.

La nueva ley de imprenta respondia á los deseos del papa Leon XII, que entonces habia publicado una encíclica en la cual encargaba á los monarcas, en los términos mas enérgicos, que procedieran con rigor contra la prensa propagado-

ra de doctrinas anárquicas é impías. En efecto, la nueva ley establecia la censura prévia en todo su rigor; todo escrito que no llegara á veinte pliegos de impresion debia ser presentado cinco dias antes de su publicacion á la autoridad, y diez dias antes los que pasaran de veinte pliegos. Exceptuábanse los discursos de las cámaras, las pastorales, los escritos científicos y otros análogos. Los folletos de menos

LE G.^{AL}

FOY.

Copia de un grabado hecho por Aquiles Lefèvre, tomado del cuadro original de Horacio Vernet

de cinco pliegos, que eran los que mas daño habian causado últimamente al gobierno, fueron sujetos al pago del derecho del timbre, el cual se elevó para los periódicos. Tambien se aumentó la penalidad para los delitos de imprenta y se trasladó la responsabilidad del editor al propietario del periódico.

«Con esta ley, dijo Royer-Collard, no habrá prensa posible.» Todos los industriales relacionados con la prensa, como impresores, cajistas, fundidores de caracteres, librerías, editores, encuadernadores y otros, firmaron peticiones contra semejante atropello de su derecho y de su propiedad, y en el mismo sentido la Academia de Ciencias presentó, á pro-

puesta de uno de sus miembros, el historiador Lacretelle, una exposicion al rey. Carlos X, poseido de indignacion, no la admitió, al contrario, destituyó á sus autores y consejeros de los empleos y cargos que tenian, entre ellos á Villemain y Michaud, pero este furor ciego no impidió que fuera un hecho que la corporacion mas científica del reino se habia pasado abiertamente á la oposicion. La cámara de diputados votó la nueva ley despues de prolongados y ardientes debates, que tuvieron por consecuencia muchas modificaciones encaminadas á suavizar su excesivo rigor, en vista de la fuerte minoría que contra ella se habia formado; y cuando la cámara de los pares á su vez introdujo otras modificaciones

mas radicales, el gobierno prefirió retirar del todo la ley para no sufrir un descalabro mayor. Aquella noche los parisienses iluminaron espontáneamente la ciudad y en las calles se mezclaban los vivos al rey y a los pares de Francia con las voces: «¡Abajo los ministros! ¡abajo los jesuitas!»

Cuando tocó a su fin la cuarta legislatura de la cámara septenal, en la cual tan grandes esperanzas había fundado la reacción, estaba la cámara de los pares en el colmo de su popularidad y la de los diputados era completamente impopular. El sentimiento de verse divorciados del país y el temor de la caída del ministerio, que era su obra, desconcertaron a muchos diputados de la mayoría hasta de la extrema derecha, y les hicieron pasarse a la oposición.

Una manifestación más clara todavía que todas las anteriores contra el sistema dominante, tuvo efecto en 29 de abril de 1827, con ocasión de la gran revista que pasó el rey aquel día a la guardia nacional de la capital. Al principio todo fué bien, porque los liberales habían dado secretamente la orden de evitar todo lo que pudiera servir de pretexto a un recrudescimiento reaccionario, pero luego se mezclaron con los vivos de ordenanza al rey, exclamaciones hostiles al ministerio. Un granadero tuvo el atrevimiento de salir de las filas y repetir estas exclamaciones hostiles, pero el rey le dijo sin desconcertarse: «Aquí he venido para recibir homenajes y no consejos.» Concluida la revista rodearon turbas groseras los coches en que iban las princesas reales gritando: «¡Abajo los jesuitas! ¡abajo los jesuitas con faldas!» y dos legiones gritaron, al pasar delante de las casas de los ministros: «¡Abajo Villèle, abajo Peyronnet!» Villèle furioso aconsejó al rey la disolución, no de las dos legiones culpables sino de toda la guardia nacional de París. Decretó así el rey, y con este acto se hizo definitivo el divorcio entre Carlos X y la clase media y el pueblo de París.

Todos estos sucesos y otros análogos debilitaron también la confianza de Carlos en su ministro y le hicieron más accesible a las insinuaciones malévolas de sus antiguos confidentes. La Rochefoucauld, Polignac y los duques de Fitz-James y Maillé trabajaron de consuno contra Villèle; y como Carlos X desde el primer día de su reinado deseaba confiar el gobierno a Polignac, el hombre a quien más afecto profesaba y que a la sazón desempeñaba el cargo de embajador en Londres, empezó a pensar en la contingencia de un cambio de ministros. Villèle por su parte redobló sus esfuerzos para no dejar la cartera, y en efecto, tres días después de la clausura de las cámaras restableció la censura para los periódicos. La oposición liberal, segura de su fuerza, si no numérica, moral, no se arredró por eso; pares y diputados liberales formaron con otros hombres notables una «Asociación de amigos de la libertad de la prensa,» cuyos folletos hicieron las veces de periódicos, ya que estos estaban condenados al silencio. Semejante estado de cosas no podía continuar, a juicio de Villèle, y para remediarlo creyó indispensable tener una mayoría ministerial en la cámara de los pares, a cuyo fin propuso al rey una hornada de pares, la disolución de la cámara de diputados y nuevas elecciones, que con el auxilio de todos los medios ya sabidos debían dar una nueva mayoría ministerial adicta. Logrado todo esto había campo ancho durante un nuevo período de siete años para hacer cuanto conviniera. El rey vaciló, pero la recepción entusiasta que le hicieron las tropas y la población de Saint-Omer cuando visitó el campamento allí establecido, acabó con sus escrúpulos. Consintió en el golpe de Estado, y en 6 de noviembre firmó cuatro reales órdenes, una disponiendo la disolución de la cámara, otra acordando la suspensión de la censura durante las elecciones, la tercera convocando la nueva cámara para el 5 de febrero de 1828, y la última creando

setenta y seis pares nuevos, todos casi sin excepción hombres cuyo único mérito consistía en ser ciegame adictos al ministerio. El plazo cortísimo fijado para las elecciones estaba calculado evidentemente para no dejar tiempo a los electores de entenderse, y el gobierno puso además en juego toda su máquina electoral, promesas, amenazas, exclusiones con cualquier pretexto, etc. Los liberales en cambio formaron la asociación: «Ayúdate y Dios te ayudará,» presidida por Guizot, con el objeto de velar por la confección legal de las listas electorales. La lucha fué encarnizada, como jamás se había visto, y acabó en una vergonzosa derrota del ministerio, cuyos partidarios quedaron reducidos en la nueva cámara a unos ciento treinta, mientras Royer-Collard, representante cada vez más autorizado de la opinión pública, salió elegido en siete distritos. Los ultra-reaccionarios tuvieron de setenta a ochenta votos.

No se dió Villèle por vencido, y trabajó para reunir todos los matices realistas y reaccionarios en una coalición, mientras el rey vacilaba entre hacer alguna concesión a la corriente liberal y constituir un nuevo ministerio con Polignac y sus amigos, que creían el momento favorable para apoderarse de la dirección del Estado. Finalmente, encargó al ministro de Marina, Chabrol, la formación de un nuevo gabinete, y como después de varias tentativas inútiles Chabrol renunciara su misión, el rey la confió al vizconde de Martignac, que ya en 1815 se había distinguido en Burdeos, su país, como ultra-realista, y desde entonces en la cámara como el orador más diestro de la derecha, que en los debates más tempestuosos había conservado siempre su exquisita urbanidad y su carácter conciliador. En enero de 1828 presentó Martignac su nuevo ministerio, quedándose con la presidencia y la cartera del Interior; La Ferronaye, a ruegos del rey, tomó la de Negocios extranjeros; el conde Portalés se encargó del departamento de Justicia; Hyde de Neuville, amigo de Chateaubriand, recibió para halagar a este último la cartera de Marina; Feutrice, obispo de Beauvais, el ministerio de Cultos, del cual se separó el departamento de Instrucción pública, que fué dado a Vatissinil; y finalmente, Chateaubriand, que había rehusado varias carteras, aceptó la embajada cerca del Vaticano.

Este cambio causó gran satisfacción en el país, satisfacción que creció cuando el rey aseguró en la apertura de la cámara su resolución de robustecer las instituciones consignadas en la Carta, a lo cual se añadió el nombramiento de Royer-Collard para la presidencia de la cámara. El mismo Martignac quedó engañado y pronto hubo de reconocer el error en que había caído creyendo tener al rey a su lado en su política conciliadora y templada. Carlos X, con el cambio de ministros, pensó haber hecho todo cuanto racionalmente se le podía exigir, y no soñó siquiera en variar de política ni mucho menos de principios. Un pasaje de la contestación al discurso del trono, que hablaba del *sistema político lamentable* del ministerio anterior, le alteró tanto que no quiso admitir el mensaje, diciendo que no incumbía a las cámaras imponer al rey un ministerio ni rechazar al que el rey eligiera, «primero aserrar leña que ser un rey como el de Inglaterra.» Así fué que no se aconsejó nunca de sus ministros, sino de la camarilla de privados, y estos no cesaron de decirle que el ministerio le conducía a la perdición, no siendo el menos influyente de estos consejeros aviesos el mismo ex-ministro Villèle, que no perdonaba medio de dificultar la marcha de sus sucesores.

Esta falta completa de confianza de parte del soberano constituyó la dificultad principal é insuperable del ministerio Martignac. Aunque era grande su buena voluntad, grandes también su celo y su fidelidad al rey y a la dinastía, para

Carlos X significaba tan solo un ensayo desgraciado que debía abandonarse cuanto antes; y apenas hechas las concesiones que este ministerio le arrancó, sentía haber accedido a ellas, como por ejemplo, la nueva ley de imprenta, que reemplazaba la censura con un sistema represivo riguroso, la reforma de la ley electoral que permitía a los electores vigilar la legitimidad y legalidad de las listas electorales, y las cortapisas impuestas al monopolio del clero sobre la enseñanza elemental en 1824. Con trabajo inaudito obtuvo el ministerio del rey la destitución de nueve prefectos que más se habían comprometido con sus ilegalidades en las elecciones, destitución pedida por la mayoría liberal categóricamente; pero de ningún modo fué posible inducir al obtuso monarca a que admitiera la intervención de la cámara de diputados en la elección del ayo de su nieto (1).

Más trabajo temió tener el ministerio en la cuestión de la legalidad de los llamados *pequeños seminarios*, fundados y dirigidos por jesuitas. Segun la información que se había hecho, estos establecimientos habían llegado desde 1814, en cuyo año se introdujeron en Francia, al número de ciento ochenta, y la mayor parte funcionaba sin la autorización debida y sin observar las condiciones fijadas por la ley, pues que muchos de los alumnos y educandos que tenían admitidos no estaban destinados a la carrera eclesiástica, y ocho de estos seminarios estaban dirigidos por jesuitas cuya permanencia en Francia estaba prohibida por la ley. Esto no podía continuar así, pero también era casi seguro que el rey no consentiría en que se procediese contra estos establecimientos ni contra sus fundadores y directores. Al fin, después de largos consejos con sus privados, el rey, súbitamente y con gran admiración de todos, se declaró dispuesto a autorizar las medidas propuestas, y en su consecuencia se expidieron en 16 de junio de 1828 dos disposiciones gubernativas en que se sometían los *pequeños seminarios*, como todos los demás establecimientos de enseñanza, a la autoridad superior de la universidad central; se exigía a los directores y profesores de aquellos establecimientos una declaración escrita de que no pertenecían a ninguna comunidad religiosa prohibida en Francia; se imponía asimismo a estos seminarios la obligación de limitarse exclusivamente a la preparación para la carrera eclesiástica hasta el máximo de veinte mil educandos en junto; y finalmente, se les fijaba en cambio una subvención de un millón doscientos mil francos por cuenta del Estado.

Los reaccionarios furibundos levantaron el grito hasta el cielo por esta «persecución diocleciana;» el episcopado se reunió en París y declaró que su conciencia no le permitía obedecer las citadas órdenes; pero estas protestas fueron vanas, porque el rey, con asombro de todos, se puso del lado del ministerio diciendo que una vez firmadas por él aquellas disposiciones, no permitiría que nadie, fuese quien fuese, obispo ó no obispo, las desobedeciese. El gobierno, para no verse obligado a echar mano de medidas coercitivas, solicitó la mediación de la curia de Roma, que desengañó a los obispos y les aconsejó que confiaran en los sentimientos religiosos del rey. Conformáronse todos, menos el arzobispo de Tolosa, el cardenal Clermont-Tonnerre, que quiso quedar fiel al lema de su casa: *Etiam si omnes, ego non*, pero le fué prohibida la entrada en la corte.

Este resultado exacerbó, como era natural, el odio de los ultra-reaccionarios al ministerio, y para mayor desgracia los liberales dedujeron de lo sucedido que si el rey no se mostraba igualmente condescendiente en otros puntos era, sin duda, por culpa de sus ministros; Martignac, sin embargo,

(1) El que después fué conde de Chambord.

llevado de sus excelentes deseos, quiso aprovechar la buena impresión que este asunto había dejado en el país para aumentar la popularidad del rey y le indujo a visitar el campamento de Luneville, a pesar de ser los departamentos orientales los que más fama tenían de antimonárquicos. El recibimiento que se hizo al rey en todas partes sobrepujo a las esperanzas de todos los realistas; la amabilidad de Carlos X produjo este resultado inesperado, los hombres liberales más rígidos se dejaron seducir por la afabilidad del monarca; únicamente para Martignac y sus colegas produjo este viaje el efecto contrario al que habían calculado, porque en lugar de liberalizar al rey le confirmó más y más en su terquedad reaccionaria incorregible. Cuando los pueblos del tránsito victoreaban al rey, decía este a su ministro: «¿Oye usted? ¿Gritan, acaso, viva la constitución? No, todos gritan ¡viva el rey!» Pagado de estas aclamaciones creyó estar seguro del amor del pueblo y volvió a cobrar ánimo para deshacerse del ministerio, que tan antipático le era. Así mientras Martignac ya echaba sus cálculos para adelantar otro paso en la popularización del rey, reforzando el ministerio con Casimiro Perier, el hombre más influyente de la izquierda, los pensamientos del rey, como la aguja magnética hacia el polo Norte, volvieron a su idea favorita de nombrar un ministerio Polignac. Así, cuando al poco tiempo el ministro de Negocios extranjeros La Ferronaye sufrió un ataque apoplético, el rey llamó a Polignac con un pretexto cualquiera y le encargó la formación de un ministerio. Sin embargo, todas las tentativas que se hicieron en aquellos momentos resultaron ineficaces, y Polignac tuvo que regresar a su puesto en Londres sin haber conseguido nada, esperando mejor ocasión, porque Carlos X no por esto renunció a su idea.

Este episodio debería haber bastado para que los amantes de la constitución contribuyeran con todas sus fuerzas a sostener al ministerio Martignac; pero nada de esto sucedió, todo el mundo lo abandonó a su suerte y hasta sus mejores amigos le hostilizaron, no por diferencias de principios, sino por puro espíritu de controversia doctrinaria, cuando presentó a las cámaras, en 1829, su proyecto de ley de administración departamental y local; proyecto el más razonable, sabio y liberal que jamás ministro francés alguno había ideado, y que era el primer paso, aunque indudablemente tímido, para la transición de la centralización a la autonomía local. Solo después de muchos esfuerzos había podido obtener Martignac el consentimiento del rey. Para la derecha este proyecto era una cosa abominable por estar basado sobre el principio electoral; y no obstante, la izquierda y el centro izquierdo durante los debates se entretuvieron en zaherir y atacar al ministerio para dificultar sus movimientos en lugar de despejarle el terreno y apoyarle. El ministerio quería empezar por la administración local, y la izquierda por la departamental, a fin de destruir así más pronto el sistema centralizador, que ahogaba entre sus espesas mallas el movimiento libre de todo el pueblo francés. La izquierda y los mismos doctrinarios, en su ciego anhelo, no se avergonzaron de repetir la maniobra que en 1821 había hecho caer al ministerio Richelieu, es decir, que hicieron otra vez causa común con la derecha, y la consecuencia de esta coalición monstruosa fué que la cámara suprimió los consejos de distrito que figuraban en el proyecto ministerial como un eslabón intermedio ó lazo de unión entre las administraciones locales ó municipios y la administración departamental, lo cual desnaturalizó tanto el proyecto que el ministerio lo retiró al instante, el día 8 de abril de 1829. Fué esta fecha memorabilísima para la Francia; desde ella data la revolución que estalló catorce meses después y derribó la dinastía borbónica, porque aquel día acabó la política de conciliación

y de templanza á impulso de la pasion ciega de los partidos.

El ministerio Martignac no se rehizo de este golpe y murió á los pocos meses. La mayoría en que se habia apoyado se habia dividido, y los partidos se combatian mutuamente en la cámara, sin plan ni direccion. Fué aquella una legislatura estéril que dió la razon á los privados del rey, que le aseguraban que por sus concesiones que hiciese no acallaria á la oposicion, y cuando Martignac le participó el resultado de los debates y la necesidad de retirar el proyecto, exclamó el rey: «Ya le dije á V. que con esa gente era imposible hacer nada; ya es hora de detenernos.»

Por lo pronto no dijo mas Carlos X, porque queria aguar- dar la votacion del presupuesto y el término de la legislatura; pero á espaldas de los ministros estaba ya tratando con Polignac, que por su cuenta y riesgo habia abandonado su puesto de Lóndres y se hallaba en Paris. Wellington, el embajador de Inglaterra, procuraba en cuanto le era posible favorecer el cambio de gobierno, porque la política extranjera del ministerio Martignac en la cuestion de Oriente le molestaba, y si no se efectuó la variacion desde luego fué porque, por un lado, los hombres prudentes invitados á tomar parte en ella, se negaron á contraer semejante compromiso, y por otro, existia una rivalidad irreconciliable entre los dos jefes de la derecha, Polignac y La Bourdonnaye. El primero, siempre flexible y pacífico, no queria ni absolutismo puro ni golpe de Estado, sino un gobierno constitucional aristocrático por el estilo del inglés, como él muy equivocadamente lo creia haber comprendido, pero sin recordar que este su ideal era el menos conforme al genio francés; el otro, La Bourdonnaye, era impetuoso, y en union con la extrema derecha aspiraba á una solucion violenta, á un golpe de Estado.

Al fin hubo una avenencia entre estos dos hombres políticos, y en 8 de agosto el periódico oficial, el *Moniteur*, publicó la lista del nuevo ministerio, en la cual apareció Polignac con la cartera de Negocios extranjeros, La Bourdonnaye con la del Interior, Chabrol con la de Hacienda, Courvoisier con la de Justicia, Bourmont con la de Guerra, y el almirante Rigny con la de Marina, pero como á última hora no la aceptó, ocupó su lugar Haussey, y Montbel obtuvo la cartera de Instruccion pública.

Al ver esta combinacion exclamó Royer-Collard: «¡Es decir, que Carlos X no ha sabido despojarse todavia del conde de Artois!»

Voló la noticia por toda la Francia, provocando en todas partes la indignacion, la ira y el desprecio entre la poblacion liberal, que si bien estaba preparada á ver ministro á Polignac no lo estaba á ver á Bourmont, el traidor de Waterloo (1). El nombre de este sujeto fué considerado como un bofetón dado á la nacion y un oprobio para el ejército francés. Al instante cesaron todas las divergencias en el seno del partido liberal, y una sola idea, la union para resistir á todo trance, dominó todos los ánimos. Thiers, á punto de emprender un viaje al rededor del mundo, volvió atrás en cuanto tuvo noticia de la formacion del nuevo ministerio; y hasta entre los realistas prudentes reinaba la consternacion mas dolorosa; todos los que no participaban de las exageraciones de la extrema derecha, comprendian que el rey se habia arrojado á una aventura desesperada en la cual se jugaba nada menos que

(1) La vispera de la batalla de Ligny, que precedió en unas cuarenta horas á la de Waterloo, Bourmont, que mandaba la segunda division del ejército del Mosela, al salir del consejo de guerra, donde se enteró de los planes de Napoleon, se pasó á los aliados, con lo cual los franceses, que nunca creen que pueden ser vencidos sino por una traicion, le atribuyeron la culpa de la inmensa derrota de Waterloo. Era realista de los mas reaccionarios.

(N. del T.)

la corona. La prensa reflejó todos los matices de la opinion; un periódico pintó el carácter del nuevo ministerio con estas palabras: «La emigracion legitimista está representada por Polignac, el odio feroz de los antiguos proscriptos por La Bourdonnaye, y la deseracion al enemigo por Bourmont; en estos tres individuos están encarnados los tres principios del ministerio. Prensado, exprimido: solo chorreará humillaciones, desgracias y peligros.» La impresion mas profunda fué la que produjo un artículo escrito por Saint-Marc-Girardin que publicó el *Journal des Débats* y que le valió una causa criminal de la cual fué absuelto en segunda instancia, teniendo el rey la debilidad de hacer sentir su ira por esta sentencia al presidente del tribunal en el primer besamanos (2). ¿Qué significaban enfrente de estas manifestaciones unánimes los vítores de los periódicos de la extrema derecha y las pastorales de algunos obispos que felicitaban á la religion y á la moral por su triunfo?

La nacion aguardaba un golpe de Estado inmediato, porque los nuevos ministros lo llevaban trazado en sus caras; pero alzado ya el telon no aparecieron los actores; el tiempo fué pasando, la prensa realista ultra-reaccionaria provocó, pero nada sucedió. Parece increíble, pero la verdad es que no existia siquiera el menor plan de lo que debia hacerse, y lo que impidió tambien todo acuerdo fué la rivalidad y divergencia de opinion entre los dos ministros principales, el uno que queria acabar con la constitucion de una vez y el otro que se contentaba solamente con falsearla. Al fin cedió La Bourdonnaye, y Polignac fué nombrado presidente del gabinete en 17 de noviembre. La convocacion de las cámaras probó que por lo pronto se habia aplazado toda idea de golpe de Estado, bien que nadie pudo explicarse lo que pensaba hacer aquel ministerio en unas cámaras en que estaba seguro de ser derrotado. El discurso de la corona, leído el 2 de marzo de 1830, tenia algo de reto cuando decia: «Sin duda rechazareis con desprecio (3) las insinuaciones péfidas que la malevolencia de algunos está propagando. Si manejes punibles llegaren á crear obstáculos á mi gobierno, sabré encontrar fuerza para vencerlos en mi resolucio de sostener incólumes las libertades públicas, etc.» Al decir esto, cuentan que se le cayó al rey, en su agitacion, el sombrero al suelo, y el duque de Orleans lo levantó. A esta amenaza respondió la cámara diciendo en su contestacion, que fué aprobada por 221 votos, que no existia, desgraciadamente, entre la política del gobierno y la opinion pública aquel acuerdo cordial que el discurso de la corona consideraba indispensable para el bien del Estado; que la desconfianza del rey respecto de la actitud del pais era injusta, y que si continuara la inquietud general, peligrarian las fuentes del bienestar público.

(2) Decia así este artículo: «¡Ya se ha roto otra vez el lazo de amor y de confianza que unia al pueblo y al monarca! ¡Otra vez se interpone entre la Francia y su rey esa corte con todas sus arterias, esa emigracion con todas sus preocupaciones, esa clerencia con su odio á la libertad! Se arrebató á la Francia lo que ha conquistado en cuarenta años de esfuerzos y de infortunios, y le imponen á la fuerza lo que rechaza con todos los recursos de su capacidad. Aunque quisieran, no podrian conducirse la energía de que es capaz. Aunque quisieran, no podrian conducirse con templanza los hombres que ahora gobiernan, porque el odio que sus nombres despiertan en todos los corazones es demasiado profundo para no ser correspondido. ¿Qué harán, pues? ¿Apoyarán en las bayonetas? Hoy tienen las bayonetas inteligencia; conocen y respetan la ley. Incapaces (los nuevos ministros) de gobernar solamente tres semanas con la prensa libre, nos la quitarán acaso.... ¿Rasgarán la Constitucion? ¿Que lo piensen bien! Hoy tiene la Constitucion una autoridad contra la cual se estrellarán todas las embestidas del absolutismo. El pueblo paga mil millones cuando se los pide la ley; pero exigidos por una orden de un ministro no pagaria dos millones. Exigiendo contribuciones no autorizadas por la ley, no faltaria un Hampden; Hampden! ¿A un Hampden, cuyo nombre recuerda la rebelion y la guerra civil, hemos de llegar? ¡Oh pais infortunado! ¡desgraciado rey!»

(3) Esta expresion «con desprecio» fué omitida en el discurso impreso. Nouvion, *Histoire de Louis Philippe I*, 1857, tomo I, pág. 23.

este suceso á Luis Felipe en 20 de octubre de 1820, en que se lee este pasaje: «La buena suerte que han tenido acabará por volverlos locos y engendrará peligros nuevos, porque abusarán de los favores de la Providencia. Permaneced mas quieto y mas tranquilo que nunca y dejad venir los sucesos.» Atribuyóse por lo mismo á Luis Felipe una carta que bajo su nombre publicó el periódico inglés el *Morning Chronicle*, en la cual protestaba contra la legitimidad de aquel hijo póstumo del duque de Berry, pero siempre negó que fuese autor de aquella carta-protesta. Jamás tomó parte ni remotamente, en ninguna conspiracion contra la dinastía existente, pero en cambio fueron su vida y su conducta una especie de protesta muda contra los principios y conducta de la línea reinante, pues no era posible imaginar contraste mayor que el que ofrecian la etiqueta fastuosa y casi oriental de la corte de Carlos X con la vida sencilla, tan sencilla que hasta parecia afectada, de los duques de Orleans; la olímpica inaccesibilidad de los Borbones con la familiaridad de los Orleans. Luis Felipe, que siempre iba á pié por las calles con su paraguas debajo del brazo, fué pronto una figura típica de Paris; sus hijos, como los de otros mortales acomodados, estudiaban en el *Collège de France*. Luis XVIII miraba todo esto con inquietud, como se deduce de un escrito suyo del año 1821, en que dice: «Desde su regreso, el duque de Orleans es jefe de partido, al parecer sin saberlo. Su nombre es una bandera de amenazas, su palacio un centro de atraccion. Está inmóvil y sin embargo le veo hacer su camino. Esta actividad sin movimiento me inquieta. ¿Cómo impedir andar á un hombre que no da paso alguno?»

La oposicion, en la cual figuraba toda la clase media instruida y con cuyos corifeos el duque de Orleans mantenía las relaciones mas cordiales é íntimas, á saber, con Lafitte, Dupin y Sebastiani, vió en él el ideal de un príncipe ilustrado, y cuanto mas impopulares se hicieron los Borbones, mas importancia adquiria Luis Felipe. Talleyrand, que era práctico en el arte de descubrir en los gobiernos las menores huellas de enfermedad, fijó tambien su atencion en el duque desde que Carlos X con el llamamiento de Polignac trocó su calidad de rey de la nacion francesa por la de jefe de una minoría impopular. En el palacio de su sobrina, la duquesa de Dino, el astuto diplomático determinó con algunos amigos fundar un periódico propiamente orleanista bajo la direccion de Thiers, Mignet y Armando Carrel, y el 3 de enero de 1830 publicó el primer número con el título: *Le National*. Teniendo los sucesos ocurridos en Francia desde 1789 tan notable analogía con los ocurridos en Inglaterra despues de 1640, era fácil creer tambien que el final de los unos habria de ser análogo al de los otros, es decir, que la Francia encontraria, como la Inglaterra encontró en 1689 en el príncipe de Orange, el fundador de una nueva dinastía mas en armonía con las nuevas circunstancias. De esto á creer que el príncipe requerido se habia encontrado en el duque de Orleans, no habia mas que un paso. Este fué el santo y seña que se dió al nuevo periódico; todo cuanto era permitido decir para acostumbrar á los franceses á esta idea rebosaba por todas sus columnas dia por dia, juntamente con la doctrina de una monarquía constitucional verdadera cuyo principio fundamental formuló Thiers en estos términos: *El rey reina, pero no gobierna*. Como era evidente que los Borbones jamás se conformarían con esta teoria, quedaba entendido que habia de buscarse otra dinastía, y este fué el derrotero del nuevo periódico (1).

La oposicion, en la cual figuraba toda la clase media instruida y con cuyos corifeos el duque de Orleans mantenía las relaciones mas cordiales é íntimas, á saber, con Lafitte, Dupin y Sebastiani, vió en él el ideal de un príncipe ilustrado, y cuanto mas impopulares se hicieron los Borbones, mas importancia adquiria Luis Felipe. Talleyrand, que era práctico en el arte de descubrir en los gobiernos las menores huellas de enfermedad, fijó tambien su atencion en el duque desde que Carlos X con el llamamiento de Polignac trocó su calidad de rey de la nacion francesa por la de jefe de una minoría impopular. En el palacio de su sobrina, la duquesa de Dino, el astuto diplomático determinó con algunos amigos fundar un periódico propiamente orleanista bajo la direccion de Thiers, Mignet y Armando Carrel, y el 3 de enero de 1830 publicó el primer número con el título: *Le National*. Teniendo los sucesos ocurridos en Francia desde 1789 tan notable analogía con los ocurridos en Inglaterra despues de 1640, era fácil creer tambien que el final de los unos habria de ser análogo al de los otros, es decir, que la Francia encontraria, como la Inglaterra encontró en 1689 en el príncipe de Orange, el fundador de una nueva dinastía mas en armonía con las nuevas circunstancias. De esto á creer que el príncipe requerido se habia encontrado en el duque de Orleans, no habia mas que un paso. Este fué el santo y seña que se dió al nuevo periódico; todo cuanto era permitido decir para acostumbrar á los franceses á esta idea rebosaba por todas sus columnas dia por dia, juntamente con la doctrina de una monarquía constitucional verdadera cuyo principio fundamental formuló Thiers en estos términos: *El rey reina, pero no gobierna*. Como era evidente que los Borbones jamás se conformarían con esta teoria, quedaba entendido que habia de buscarse otra dinastía, y este fué el derrotero del nuevo periódico (1).

este suceso á Luis Felipe en 20 de octubre de 1820, en que se lee este pasaje: «La buena suerte que han tenido acabará por volverlos locos y engendrará peligros nuevos, porque abusarán de los favores de la Providencia. Permaneced mas quieto y mas tranquilo que nunca y dejad venir los sucesos.» Atribuyóse por lo mismo á Luis Felipe una carta que bajo su nombre publicó el periódico inglés el *Morning Chronicle*, en la cual protestaba contra la legitimidad de aquel hijo póstumo del duque de Berry, pero siempre negó que fuese autor de aquella carta-protesta. Jamás tomó parte ni remotamente, en ninguna conspiracion contra la dinastía existente, pero en cambio fueron su vida y su conducta una especie de protesta muda contra los principios y conducta de la línea reinante, pues no era posible imaginar contraste mayor que el que ofrecian la etiqueta fastuosa y casi oriental de la corte de Carlos X con la vida sencilla, tan sencilla que hasta parecia afectada, de los duques de Orleans; la olímpica inaccesibilidad de los Borbones con la familiaridad de los Orleans. Luis Felipe, que siempre iba á pié por las calles con su paraguas debajo del brazo, fué pronto una figura típica de Paris; sus hijos, como los de otros mortales acomodados, estudiaban en el *Collège de France*. Luis XVIII miraba todo esto con inquietud, como se deduce de un escrito suyo del año 1821, en que dice: «Desde su regreso, el duque de Orleans es jefe de partido, al parecer sin saberlo. Su nombre es una bandera de amenazas, su palacio un centro de atraccion. Está inmóvil y sin embargo le veo hacer su camino. Esta actividad sin movimiento me inquieta. ¿Cómo impedir andar á un hombre que no da paso alguno?»

La oposicion, en la cual figuraba toda la clase media instruida y con cuyos corifeos el duque de Orleans mantenía las relaciones mas cordiales é íntimas, á saber, con Lafitte, Dupin y Sebastiani, vió en él el ideal de un príncipe ilustrado, y cuanto mas impopulares se hicieron los Borbones, mas importancia adquiria Luis Felipe. Talleyrand, que era práctico en el arte de descubrir en los gobiernos las menores huellas de enfermedad, fijó tambien su atencion en el duque desde que Carlos X con el llamamiento de Polignac trocó su calidad de rey de la nacion francesa por la de jefe de una minoría impopular. En el palacio de su sobrina, la duquesa de Dino, el astuto diplomático determinó con algunos amigos fundar un periódico propiamente orleanista bajo la direccion de Thiers, Mignet y Armando Carrel, y el 3 de enero de 1830 publicó el primer número con el título: *Le National*. Teniendo los sucesos ocurridos en Francia desde 1789 tan notable analogía con los ocurridos en Inglaterra despues de 1640, era fácil creer tambien que el final de los unos habria de ser análogo al de los otros, es decir, que la Francia encontraria, como la Inglaterra encontró en 1689 en el príncipe de Orange, el fundador de una nueva dinastía mas en armonía con las nuevas circunstancias. De esto á creer que el príncipe requerido se habia encontrado en el duque de Orleans, no habia mas que un paso. Este fué el santo y seña que se dió al nuevo periódico; todo cuanto era permitido decir para acostumbrar á los franceses á esta idea rebosaba por todas sus columnas dia por dia, juntamente con la doctrina de una monarquía constitucional verdadera cuyo principio fundamental formuló Thiers en estos términos: *El rey reina, pero no gobierna*. Como era evidente que los Borbones jamás se conformarían con esta teoria, quedaba entendido que habia de buscarse otra dinastía, y este fué el derrotero del nuevo periódico (1).

(1) Lord Palmerston, que pasó el invierno del año 1829 en Paris, dijo entonces que á llevar el rey Carlos X su terquedad al extremo, seria posible que se invitara al duque de Orleans á tomarse la molestia de sentarse en el trono. En cambio dijo Royer-Collard poco antes de la